

Fernando Alegría

Recuerdos de Gustavo Ossorio



HACE unos pocos días recibí su última carta. Sobre mi escritorio está la respuesta inconclusa. Entre una y otra carta ha muerto Gustavo Ossorio. Entre dos papeles blancos está su alma aprisionada. Voz de verano encerrada en tibio y vaporoso invernadero, ebria de emanaciones, de ecos floridos, de blanquecinas guirnaldas descolgándose como leche espesa por las ventanas de su clausura. Para Gustavo lágrimas de esperma. ¿Qué rostro para mirar la aurora del campo chileno? Se trata de comprender la razón de un álamo enterrado hasta la cintura en un pantano de pájaros muertos. Allí se lo pasa imaginando su caída, auscultando el vacío de su pecho y el lento roer de los termómetros en su carne macerada. A su lado desfilan azules enfermeras y frente a la ventana un gran fardo de periódicos empieza a desintegrarse. Gustavo se tiende sin apartar la mirada de sus manos. Quisiera decirle a media voz: estamos

unidos por el secreto que tú y yo devoramos de la tierra que se gasta, juntos mordemos, juntos sacamos la viruta ardiente y el color de la planta subterránea, juntos nos estiramos a lo largo de un tubo negro fresco de alquitrán y gomosa huincha aisladora; de los dedos y las piernas, del cabello mismo nos saltan fulgores, tenues amenazas de una verdad que nos socorre y nos exalta, nos atrae y nos pierde en un remolino de feos insectos. ¿Cómo dirigimos al doctor que pasa con sus cubos de vidrio sobre la cabeza? ¿O al crítico de lentas pisadas que pronuncia sentencias de plomo? ¿O al amigo que nos asesta una imagen medio a medio del buen gusto y de nuestra dignidad?

Una cosa es conocer el oficio del amor—y Gustavo en ello era un experto—otra muy distinta iluminar con ese oficio los rostros que fabricó la ceniza. Expresando su verdad era obscuro, es cierto, pero es que hablaba para quien tenía el hábito de escucharle, para quien iba caminando a su lado en silencio, adivinando sin esfuerzo las imágenes que el pensamiento no podía detenerse a traducir en palabras. Gustavo Ossorio había conquistado la eternidad en su cura de reposo. Hablaba mirando la silueta de las montañas y los matices oscuros de los valles, decía aquello que el alma del hombre graba en el paisaje, no el paisaje mismo, sino las penas, las amarguras, las doradas esperanzas y los gozos inefables del amor, los temores de la lucha, de la enfermedad y la muerte, todo eso que el hombre

siente y deposita como una emanación sobre los objetos que le aprisionan.

Sentado en su camilla immaculada, cubierto de sábanas, la mano pálida jugando con la paginilla arisca de un nuevo libro de versos, el cabello rizado, flotante y los ojos dulces, mostraba a cada uno donde su búsqueda se topaba con la suya, donde su camino minúsculo se enroscaba a las arterias de su poesía y ascendiendo con vigor de cauce metafísico se ofrecía a Dios abierto, tierno, dichoso en su sacrificio. Sus teorías—contenidas en sus dos libros *Presencia y Memoria* (1941) y *El Sentido Sombrío* (1948) y en su poema inédito *Contacto Terrestre*—se podrían relatar sin palabras, bastaría un muestrario de cosas, de caras, de emociones, una vitrina gigantesca en el fondo del mar; digo en el fondo del mar para sugerir el espanto de su mundo desorganizado, en una época, herido por sus quejas, sus interrogaciones, batiendo por fuerzas monumentales y, luego, para sugerir la tranquilidad bajo fantásticas presiones. Su memoria pasó entre las personas y las cosas estudiando el método de morir y el símbolo de la resurrección. La sangre en sí no le preocupaba, oía su rumor y aplicaba la mejilla contra su tibia presencia, pero no buscaba la razón de las dolorosas inyecciones, de los complicados artefactos de goma y los cristales y cuchillos con que otros se esforzaban por definirla. En cambio, le intrigaba la dirección que ella tomaría en el lejano futuro, su cauce, el proceso de su solidificación, de su desgas-

te, de su resurrección en polvo y lámina brillante dentro del ámbito de este mundo; le preocupaba el fenómeno físico tanto sólo por el eco que iba a dejar vibrando en la memoria de Dios.

Por eso la pena de verle morir. Tan interesado en su búsqueda, tan afanoso, tan certero en sus hallazgos, tan cercano a la verdad. Los elementos de su poesía eran jóvenes y los caminos de su metafísica peligrosos, atormentados, pero en el fondo le sostenía una fuerza que no tiene edad: la ternura, y tarde o temprano, iba a florecer en una explosión de colores. Era cuestión de tiempo. La muerte de un poeta es cosa revuelta, como volar súbito de palomas en una plaza pública. Al marcharse despierta todos los ecos de sus versos, agita las zonas donde dejó un asombro, una reflexión, un presentimiento. ¡Imaginaos la muerte de Gustavo Ossorio a los treinta y siete años! Nos hace detenernos un instante y ojear hacia las sombras donde arden sus palabras y crepitan con un fuego azul que lame las paredes del tiempo y nos hace indagar el sentido que no quedó completo, adivinar la actitud que ahora sólo es un esbozo. Es una sensación de premura y angustia por la lección que nos va a hacer falta, por la frase que vemos trunca, por la voz que se apagó al instante de pronunciar la clave secreta. Ossorio buscaba a Dios en su poesía. Estaba a punto de encontrarle cuando Dios no pudo soportar la impaciencia de estrecharle en su lento abrazo.

University of California, Berkeley.